

**POR UNA VERDAD QUE SE HALLA EN LA
SUPERFICIE: EL PENSAMIENTO
ANALÍTICO EN *LOS CRÍMENES DE LA
CALLE MORGUE*, DE EDGAR ALLAN POE**

DIEGO ANTONIO PINEDA*

RESUMEN

El presente artículo es una reflexión que, desde las preocupaciones propias de una filosofía de la educación, busca establecer en qué consiste pensar analíticamente, para lo cual se sirve de un texto literario —*Los crímenes de la calle Morgue*, de Edgar Allan Poe—, el cual recorre paso a paso en su proceso argumentativo. No pretende ser, por tanto, ni un ensayo literario sobre la narrativa de Edgar Allan Poe ni una mera descripción psicológica de un personaje de ficción como Auguste Dupin.

Partiendo de una primera noción sobre el pensamiento analítico se intentará, al hilo del relato de Poe, clarificar en qué consiste pensar analíticamente y, sobre todo, se seguirá el curso de este modo de pensar en el escenario inventado por el escritor norteamericano, el de un detective de ficción: Auguste Dupin. Ocasionalmente nos referiremos a otros relatos del escritor norteamericano.

* Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

**LOOKING FOR A TRUTH ON THE SURFACE:
ANALYTICAL THOUGHT IN EDGAR ALLAN
POE'S "MURDERS IN THE RUE MORGUE"**

DIEGO ANTONIO PINEDA*

ABSTRACT

This article is an attempt to determine, from the viewpoint of the philosophy of education, what analytical thinking consists of. For this purpose, the author uses a literary text "*Murders in the Rue Morgue*", by Edgar Allan Poe, which examines step by step in his argumentative process. This study does not intend, therefore, to be a literary essay on Poe's narrative, nor a mere psychological description of a fictional character like Auguste Dupin.

Starting from a first notion of what analytical thought is, the author attempts, upon following Poe's story, to clarify the process of analytical thinking. This process will be followed throughout the literary scene inhabited by Poe's detective, Auguste Dupin. The author will occasionally mention other stories by the North American writer.

* Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

(...) es razonable suponer que cualquier problema puede ser solucionado correctamente por el hombre, siempre que se le dediquen el tiempo y la atención suficientes. Además, los problemas que a primera vista parecen insolubles llevan, por esa misma circunstancia, como señala Edgar Allan Poe en Los crímenes de la calle Morgue, las claves de su solución.

Cuarenta o cincuenta minutos de reflexión analítica intensa y sostenida sobre uno de esos problemas suelen ser suficientes para extraer de él todo lo que hay que extraer, su solución general. (...) Embarca en tu esquife de Musement, adéntrate en el lago de la reflexión y deja que el soplo del cielo hinche tu vela. Con los ojos abiertos, despierta a lo que está en tu interior y mantén una conversación contigo mismo: ya que en esto consiste toda meditación.

CHARLES SANDERS PEIRCE

QUIEN SE PROPONE indagar por la naturaleza del pensamiento analítico, por su estructura y por las operaciones que le son propias, podría sentirse naturalmente inclinado a seguir el curso de pensamiento de un matemático, los razonamientos paso a paso de un científico que descompone en sus partes constitutivas un determinado aspecto de la naturaleza, o las descripciones del proceso mental hechas por un psicólogo de la inteligencia. Ello le mostraría, tal vez, las reglas que usamos en nuestras argumentaciones, los sistemas de pensamiento a los que nos sujetamos; le permitiría describir con precisión algunos procedimientos, prescribir unas cuantas reglas para una mejor conducción del entendimiento y hasta lograr unas claras definiciones sobre ciertas operaciones mentales como el análisis, la intuición, la reflexión o la crítica.

Sin embargo, cuando se quiere captar el pensamiento en su vivacidad, en su movimiento, no es suficiente el recurso a los sistemas, las descripciones o las reglas. Cuando todo se reduce a ello, se pierde lo fundamental: la vida del pensamiento. Por ello, cuando nos pregun-

tamos por el pensamiento analítico, no podemos menos que recordar las palabras de Edgar Allan Poe al comienzo de su cuento *Los crímenes de la calle Morgue*:

Las características mentales calificadas como analíticas son, en sí mismas, muy poco susceptibles de análisis. Las apreciamos solamente por sus efectos¹.

Y así, parece el camino más adecuado para acercarnos al pensamiento analítico no el de la descripción psicológica, el recuento de las operaciones que realiza el matemático al despejar una incógnita o las definiciones nominales de alguna escuela filosófica. Tal vez, resultará más fecundo apreciarlo en sus efectos, esto es, dejando actuar al pensador analítico y siguiendo sus pasos con ojos reflexivos. Es difícil "disecar" una mente analítica, es más fácil narrar sus acontecimientos. Tal es lo que pretendemos en el presente ensayo: reflexionar sobre el pensamiento analítico al hilo de la narración de Edgar Allan Poe.

Ahora bien, si en nuestro esfuerzo por reflexionar en torno a dicho pensamiento preferimos recurrir al cuentista y al fabulador —y Edgar Allan Poe es, entre ellos, uno de los más grandes— ello obedece también a que en su narrativa se combinan de un modo peculiar la intuición poética con el rigor matemático. Su tendencia a lo fantástico, lo terrible, lo patológico y lo misterioso se encuentra permanentemente catalizada por el crudo realismo, la minuciosidad con que se mueve entre los detalles y la capacidad para hacer lógico lo incomprendible. Su mente altamente imaginativa y fantasiosa, su capacidad para construir una ficción narrativa que rompe a cada instante los límites de lo real se encuentra avalada por un inmenso poder de raciocinio y un permanente ejercicio de análisis.

1. ALLAN POE, EDGAR, "Los crímenes de la calle Morgue", en *Historias extraordinarias*, traducción de Jaime Piñeiro, Editorial la Oveja Negra, Bogotá, S.F., p. 5. Existen también otras ediciones y traducciones de los relatos de Poe al español, que convendría tener en cuenta. Recomendamos las siguientes: ALLAN POE, EDGAR, *Cuentos completos*, dos volúmenes, traducción de Julio Cortázar, Círculo de Lectores, Bogotá, 1983; ALLAN POE, EDGAR, *Narraciones completas*, traducción y notas de Julio Gómez de la Serna, Aguilar, Madrid, 1955. Esta edición tiene, además, un prólogo sobre la vida y obra de Poe escrito por Charles Baudelaire.

1. UN PENSAMIENTO QUE "DESENMARAÑA" UNA CUESTIÓN

UN BUEN punto de partida para comprender qué es el pensamiento analítico es averiguar en qué consiste la actividad que lo caracteriza —el análisis—, y una buena manera de saber qué es el análisis es mirar el significado que dicha palabra encierra. La palabra análisis —del griego *ανάλυσις*, sustantivo verbal abstracto que se forma del verbo *λυω*=desatar— indica la acción de *desatar* algo que está *enredado*, *enmarañado*, que forma un nudo que sólo puede ser resuelto en la medida en que se le recorra parte por parte y siguiendo un cierto orden. De allí su significado se amplía al de separar o dividir algo o, más exactamente, al de "descomponer un todo en sus partes constitutivas" para conocer los elementos de que se compone y someterlos a un examen minucioso, para captar los principios según los cuales dichos elementos se ordenan o encontrar una solución. Tal era, por ejemplo, el sentido de la segunda regla del método cartesiano, una regla típicamente analítica: "Dividir cada una de las dificultades a examinar en tantas parcelas como fuera posible y necesario para resolverlas más fácilmente"². Atendiendo a su carácter minucioso y resolutorio es que se ha empleado el análisis como método en disciplinas tan distintas como el álgebra, la química o la gramática.

Sin embargo, el análisis puede ser resolutorio o regresivo. En ocasiones se le usa para hallar una mejor solución a un problema, y en otras, más bien, para examinar la conexión necesaria que hay en una cadena argumentativa.

Se ha considerado el análisis como una resolución —*resolutio*— —se resuelve lo complejo en lo simple— o una regresión —*regressio*— se regresa mediante una secuencia lógica de proposiciones a una proposición que se declara evidente partiendo de otra proposición que se pretende demostrar y que se admite como verdadera³.

Esta breve descripción del análisis nos permite entender mejor a qué se le puede llamar con sentido *pensamiento analítico*. Lo propio del pensamiento que se conduce por análisis es su tendencia a *desatar*

2. DESCARTES, RENE, *Discurso del método*, Alfaguara, Madrid, 1981, p. 15.

3. FERRATER MORA, JOSÉ, *Diccionario de filosofía*, Ariel, Barcelona, 1994, tomo I, p. 147.

las cuestiones que se le proponen a partir de un proceso de descomposición de un todo en sus partes constitutivas, de un riguroso examen de sus partes y de las conexiones existentes entre éstas y de una recomposición del todo en donde aparezcan superadas las dificultades que dieron lugar al propio proceso analítico. De esta manera, quien hace análisis se enfrenta ante un problema, pero no pretende resolverlo mediante una mera "corazonada", por mero azar o por simple ensayo y error. No busca una solución inmediata, sino que media dicha solución por un examen detenido y riguroso de las partes y de las conexiones que mantienen entre sí para hallar la solución más adecuada, esto es, la que mejor se acomode a las relaciones que las partes guardan entre sí. De allí que el que piensa analíticamente demore muchas veces más tiempo en encontrar una solución, pues busca no una solución, cualquier solución, sino la mejor solución posible, la que mejor se adapte a la estructura interna de la cosa.

He aquí la gran virtud del pensamiento analítico: avanza lento, pero seguro. Y ello porque tiene una meta más o menos definida y tiene un método que, casi siempre, le permite llegar a ella sin muchos tropiezos, esto es, exitosamente. Si usamos una imagen tomada de la geometría, podríamos decir que, en general, el pensamiento analítico se mueve "en línea recta" hacia su objetivo y con un alto grado de seguridad, pues, aunque avanza lento, es difícil que se desvíe o se distraiga. El pensamiento analítico,

(...) Se desarrolla dando un paso cada vez. Los pasos son explícitos y, por lo regular, pueden reportarse adecuadamente por el pensador a otro individuo. Ese pensamiento avanza con una conciencia relativamente amplia de la información y de las operaciones involucradas. Puede abarcar un razonamiento cuidadoso y deductivo, usando a menudo las matemáticas o la lógica, y un plan de ataque explícito. O bien puede comprender un proceso de deducción y experimentación, utilizando principios de diseño de investigación y análisis estadístico⁴.

Ahora bien, si el pensamiento analítico se caracteriza básicamente por su rigor, por su minuciosidad, por su precisión, por su én-

4. BRUNER, JEROME, *El proceso de la educación*, UTEHA, México, 1968, p. 89.

fasis en el examen de las partes, por su éxito o capacidad resolutoria⁵ y, sobre todo, por la clara conciencia de cada paso que da y del objetivo que persigue, ello no implica que sea necesariamente un pensamiento "frío" o sin pasión. Al contrario, como bien lo ha señalado Edgar Allan Poe:

Las características mentales calificadas como analíticas (...) —son— para su poseedor, cuando se está dotado desmedidamente, una fuente de supremo gozo. Así como el hombre fuerte se regocija con su capacidad física realizando ejercicios que hacen entrar en acción a sus músculos, así disfruta el analista con todas aquellas actividades mentales que 'desenredan' o 'desenmarañan'. Se complace, incluso, en las más triviales ocupaciones siempre que pueda poner en juego su talento. Le agradan los enigmas, las adivinanzas, los jeroglíficos; y en cada una de sus soluciones pone de manifiesto cierto grado de perspicacia que se presenta ante el vulgo como preternatural⁶.

De este modo, el pensamiento analítico resulta ser, no sólo un gran aliado en el examen y resolución de asuntos problemáticos, sino asunto importante en las ocupaciones más triviales de la vida cotidiana y fuente de goce de la existencia. Ello, además, nos revela otro aspecto fundamental de la cuestión: el pensamiento analítico se cultiva no sólo a través de las tareas "duras" del análisis —el ejercicio matemático, el análisis estadístico o gramatical, la aplicación de las reglas de la lógica formal, etcétera—, sino también a través de las ocupaciones triviales y, a veces por ello mismo, gozosas de nuestra cotidianidad: el desciframiento de enigmas, paradojas, ambigüedades o, incluso, ocupaciones como la del juego de cartas⁷. Ello resulta un buen argumento para mostrar que, si bien el pensamiento analítico, en cuanto estilo de pensamiento superior, difiere del simple pensar natu-

5. Así aparece definido en los *Elementos* de Euclides: "El análisis parte de lo que se busca como algo admitido y pasa de ello, mediante varias consecuencias, a algo que es aceptado como su resultado". Citado por FERRATER MORA, JOSÉ, *Op. cit.*, pp. 145-149.

6. ALLAN POE, EDGAR, *Los crímenes ...*, *Op. cit.*, p. 5.

7. Aparte de la referencia del propio Poe al juego de cartas que citaremos más adelante, hay un interesante comentario de Hegel en sus *Escritos de juventud*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, p. 253. Baste citar un pequeño fragmento: "La afición a las cartas es un rasgo característico de nuestro tiempo. Entendimiento y pasión son las propiedades del alma que intervienen ahí. El entendimiento escoge las reglas y a cada paso las está aplicando como discernimiento".

ral, no es un pensamiento *contra natura*, sino algo que también se forma, que también se desarrolla y potencia a través de nuestras ocupaciones cotidianas.

2. ANÁLISIS E IMAGINACIÓN: UN PENSAMIENTO QUE VA MÁS ALLÁ DE LAS SIMPLES REGLAS

TAL VEZ se comprenderá mejor la importancia que tiene el análisis en nuestra vida cotidiana si tomamos en cuenta la diferencia que existe entre el cálculo y el análisis propiamente dicho. Calcular es, en lo esencial, poder prever resultados futuros haciendo uso de reglas prefijadas, como las que rigen en las operaciones matemáticas; se trata de una cuenta o cómputo que podemos hacer mediante una relación meramente matemática —y, por ello, formal e inmodificable— entre datos que, en principio, son cambiantes. Analizar, por el contrario, si bien es también una operación en donde se siguen ciertas reglas, no se limita a la mera aplicación mecánica de éstas. Como lo señala Poe, "es en el terreno situado más allá de los límites de las simples reglas donde se pone de relieve la capacidad del analista". Y, a continuación, nos ofrece una muy interesante ilustración de ello en el *whist* o juego de cartas y en el modo como en él se desenvuelve una mente analítica:

En silencio, realiza un conjunto de observaciones e inferencias. Y probablemente hacen lo mismo sus compañeros; y la diferencia que hay en la medida de información obtenida se relaciona más con la calidad de la observación que con la validez de la inferencia. El conocimiento necesario se basará en 'qué' observar. Nuestro jugador no se limita en absoluto; ni tampoco, porque el juego sea el objeto, rechaza deducciones de cosas ajenas al mismo. Examina el semblante de sus compañeros, comparándolo cuidadosamente con el de los oponentes. Considera el modo de clasificar las cartas en la mano, a menudo contando triunfo por triunfo, palo por palo, y observando las expresiones de quienes los poseen. Se da perfecta cuenta de cada cambio de expresión a medida que avanza la partida, logrando de esta manera una especie de 'fondo de pensamientos' que se basa en las diferencias de expresiones de seguridad, sorpresa, triunfo o disgusto. Por la forma de reunir una baza juzga si la persona en cuestión puede hacer otra a continuación. Reconoce cuando se 'farolea' por el aire con que se arroja el naipe sobre la mesa. Está atento a cualquier palabra que se pronuncia inadvertida o indiferentemente, a la cuenta de las bazas con el orden de su disposición, al embarazo, a

las dudas, a la ansiedad (...), poniendo en movimiento toda la percepción intuitiva para darse cuenta de cómo están realmente las cosas. Habiendo jugado ya dos o tres manos domina el juego, y, en consecuencia, coloca sus cartas sobre la mesa con absoluta precisión de propósito, como si el resto del grupo las hubiera colocado boca arriba⁸.

Este texto un poco largo, aunque se refiere a un asunto aparentemente trivial como el juego de cartas, nos ofrece, sin embargo, una descripción muy interesante del proceso mental del análisis. Muestra, sobre todo, que el pensamiento analítico, lejos de limitarse a la mera aplicación mecánica de reglas prefijadas, implica una rica variedad de observaciones e inferencias, hace posible la observación cualificada, va acompañado de una inmensa perspicacia para interpretar los datos de una situación y, sobre todo, es la manera más adecuada de constituir un "fondo de pensamientos" al cual recurrir al hacer nuevas observaciones, nuevas inferencias o nuevos experimentos. En tal sentido, si bien el pensamiento analítico no se reduce al mero cálculo, a la simple recolección de observaciones o al ejercicio deductivo, sí es, en cambio, el que mejor prepara para el cálculo, la observación y la deducción. Y ello porque lo que caracteriza al pensador analítico es una concentración absoluta en el objeto; él sabe que a menudo "hay ventanas en los hechos" y que sólo la observación atenta, metódica y continuada, el cálculo preciso y firme y la tendencia permanente a anticipar las posibilidades que ofrece la capacidad deductiva, permiten captar la luz que los hechos ofrecen.

Es por esto —y con ello volvemos sobre la diferencia indicada entre analizar y calcular— que el análisis no funciona bien sin una alta dosis de imaginación. Pero por *imaginación* no hemos de entender aquí la mera disposición para la fantasía y la inventiva, sino la capacidad de encontrar nuevas relaciones entre las partes de un problema, de ensayar nuevas combinaciones, de descomponer y recomponer un todo hasta agotar las diversas posibilidades. No se debe confundir imaginación con simple ingeniosidad, pues, si un buen analista será siempre ingenioso, no todo ingenioso es capaz de analizar. A este respecto, Poe hace una relación que resulta interesante rescatar:

8. ALLAN POE, EDGAR, *Los crímenes ...*, *Op. cit.*, pp. 6-7.

Entre la ingeniosidad y la capacidad analítica existe una diferencia mucho mayor (...) que la que hay entre la fantasía y la imaginación, pero con un carácter muy estrictamente análogo. De hecho, se hallará que el ingenioso es siempre fantástico, mientras que el 'verdadero' imaginativo no es más que un analítico⁹.

Conviene que nos detengamos un poco más en el análisis de este texto, cuyo sentido a primera vista resulta oscuro. Para ello, vamos por partes:

1. Si situamos de un lado la ingeniosidad y la capacidad analítica y del otro la fantasía y la imaginación, nos daremos cuenta de que la ingeniosidad y la capacidad analítica parecen diferir entre sí mucho más de lo que difieren entre sí la fantasía y la imaginación; de hecho, toda fantasía es producto de la imaginación, aunque no todo ejercicio de la imaginación es necesariamente fantástico. Esta relación de parte a todo entre fantasía e imaginación no es de ningún modo aplicable a la relación entre ingenio, o ingeniosidad, y capacidad analítica; de hecho, no toda actividad de ingenio o inventiva es producto de la capacidad analítica —muchas veces son de mayor importancia en la actividad inventiva ciertas dotes intuitivas o la pertenencia a una determinada tradición.

2. Si ahora invertimos la mirada, y situamos de un lado la ingeniosidad y la fantasía y del otro la imaginación y la capacidad analítica, encontraremos "un carácter muy estrictamente análogo". Así como el hombre fantástico se deja conducir por su ingeniosidad —con lo cual no se quiere decir que el fantástico sea necesariamente ingenioso, sino sólo que "el ingenioso es siempre fantástico"—, así también el hombre "verdaderamente" imaginativo sólo se conduce por análisis. Pero detengámonos un poco más en esta última afirmación.

3. Con ello lo que se quiere mostrar —y creo que ése es el sentido básico del texto de Poe— no es que la imaginación, y mucho menos la ingeniosidad o la fantasía, sean un "producto" del análisis —a veces, por cierto, son un producto más bien de la neurosis, el delirio y la locura—, sino que en la base de todo proceso imaginativo

9. *Ibidem*, p. 7.

y creador hay un ejercicio analítico que lo acompaña, pues no se crea "de la nada", por puro arrebató místico o inspiración divina, sino que las fuerzas creadoras e imaginativas sólo se preparan y desatan en cuanto se ha pasado mucho tiempo en trato permanente con un material, en su ordenamiento, clasificación, selección, análisis, relación, etcétera.

3. PENSAR ANALÍTICAMENTE NO ES BUSCAR LA VERDAD EN EL FONDO DE UN POZO, SINO SABERSE MOVER EN LA SUPERFICIE

TAL VEZ la relación entre habilidad analítica e imaginación resulte más clara si observamos con detenimiento una mente analítica en acción y registramos las diversas operaciones mentales en que se halla involucrada. Tal fue la intención de Edgar Allan Poe en su cuento *Los crímenes de la calle Morgue*, que viene precedido de un exordio sobre el pensamiento analítico del que se puede ver, por los textos citados previamente, me he servido para esta reflexión. En este conocido cuento el autor nos presenta a su detective Dupin desenredando uno de los casos más extraños y aterradores, que había dejado anonadada y perpleja a toda la policía de París. Me dejaré llevar por algunos de los aspectos de la narración de Poe que resultan especialmente sugerentes para entender el proceder de una mente analítica.

Ante todo, y como lo había señalado, llama la atención que a una mente analítica preocupa menos la "profundidad" o la "verdad" intrínseca de una cosa que la descomposición de un todo en sus partes constitutivas y el examen minucioso y detallado de las mismas. Su interés es comprender el todo emprendiendo el examen de cada una de sus partes; y para ello son malos consejeros la precipitación, la simple adivinación o una pretendida "profundidad" que, penetrando en unos cuantos aspectos de la cosa, lleva a perder la comprensión del conjunto. Cuando Dupin, una vez ha recogido los datos más importantes para intentar resolver el caso que le apremia, se decide a enfrentarlo, se preocupa ante todo por no perder de vista el conjunto. Concentrarse sólo en los medios, o en los motivos, o en las circunstancias que rodearon un crimen es perderse de inmediato en la investigación. Para investigar convenientemente un asunto hace falta

más que energía, diligencia o perspicacia; hace falta, sobre todo, método. En ello funda su crítica a los procedimientos policiales.

La policía parisiense, tan alabada por su perspicacia, es astuta, pero no más que eso. De ahí no pasa. En sus diligencias no hay más método que el que sugieren las circunstancias del momento. Hacen gran ostentación de disposiciones. Pero con bastante frecuencia se adaptan mal a los fines propuestos (...). Los resultados que obtienen a veces son sorprendentes, pero en su mayoría se deben a la insistencia y a la actividad. Cuando tales procedimientos fracasan, también fallan todos sus planes¹⁰.

Así pues, la mente analítica, en cuanto enfrenta el problema como un "todo" que puede ser metódicamente descompuesto y recompuesto, busca ante todo solucionar el problema con que se enfrenta con la mayor economía de esfuerzos, evitando innecesarios errores y un gasto desmedido de energías en una actividad desbordada y sin control. Ante un problema bien definido —y ese será uno de los puntos en que más insistirá el analítico: la necesidad de definir el problema del modo más claro posible—, de poco sirven la adivinación, la mera conjetura o la técnica del "ensayo y error". Lo más importante es, más bien, situarse a cierta distancia del problema para verlo en su totalidad y empezar, a partir de ello, un examen minucioso de sus partes. Aquí hay que guardarse de un "exceso de profundidad".

Vidocq, por ejemplo, era un buen adivinador y hombre perseverante, pero como no poseía una inteligencia educada se desorientaba frecuentemente por la misma intensidad de sus investigaciones. Ponía trabas a su propia visión por mirar el objeto tan de cerca. Y ése es el defecto de ser demasiado profundo. Era capaz de ver, acaso, dos o tres puntos con gran claridad, pero al hacerlo así perdía la visión de todo el conjunto. La verdad no está siempre en el fondo de un pozo. En realidad, y en lo que concierne a lo que más importa conocer, creo que la verdad es siempre superficial (...). Mediante una indebida profundidad aturdimos y debilitamos el pensamiento; e incluso es posible hacer que Venus desaparezca del firmamento si nuestro escrutinio es demasiado sostenido, demasiado concentrado o demasiado directo¹¹.

10. *Ibidem*, p. 17.

11. *Ibidem*.

Retengamos de este texto un comentario un poco ocasional: "(...) La verdad no está siempre en el fondo de un pozo. En realidad (...) la verdad es siempre superficial". Ello es un importante signo del temple de ánimo del pensador analítico. A él no le importa entrar en "profundidades", no busca la esencia o naturaleza de algo; simplemente está "desenmarañando" una situación, intenta clarificarla y precisarla, quiere definirla y, en cuanto la situación lo permite, desentrañar una solución. Por ello no le importa el misterio como tal, lo que en sí mismo es inexplicable, sino el enigma, lo que, aunque oscuro y difícil de explicar, se presta a una solución metódica. Y para hallar tal solución pondrá toda su energía en el examen de los datos observados y observables —en ello consiste su "superficialidad": en no buscar —"más allá" de los datos— intenciones, motivos, deseos ocultos; en buscar, más bien, nuevos datos, nuevas relaciones a partir de cálculos y mediciones más precisas, de observaciones más amplias, de deducciones mejor logradas—. Ese examen de los datos habrá de ser, entonces, algo absolutamente cuidadoso, minucioso y metódico y, por tanto, debe estar libre en lo posible de prejuicios, explicaciones fáciles e hipótesis aventuradas. Resulta muy revelador que Dupin haya empezado a desenmarañar el caso que nos ocupa haciendo énfasis más en los datos mismos y en su relación que en una supuesta intención o motivo. En su concepto, el caso se considera insoluble por la misma razón que se debería considerar de fácil solución: por la aparente carencia de motivos. Lo que le da al caso su halo de misterio es que no parece haber motivos para el asesinato; sin embargo, lo que llama la atención a quien examina con detalle cada uno de los datos no es el crimen en sí, sino su atrocidad.

Por ello, lo que importa al pensador analítico no es tanto encontrar pruebas, en el sentido restringido que este término tiene en el lenguaje forense —indicios ordenados a inculpar a alguien de la comisión de un delito—, sino llegar a la verdad. Él no busca un culpable, sino la coherencia entre un conjunto de datos; no defiende una causa, sino que ejercita su razón. Ello, por cierto, es lo que le permite estar en guardia contra soluciones fáciles o no confiar excesivamente en los métodos consagrados por la costumbre, orientándose, por el contrario, hacia una percepción lo más completa posible del caso individual. Más que buscar comprobaciones directas de aspectos particulares, busca la reconstrucción del caso individual como un todo coherente. Sus "pruebas", por tanto, las proporciona más el intelecto

que la percepción aislada, pues sólo él puede dar cuenta de las excepciones y contradicciones. Dice Dupin:

Yo observaría aquí que gran parte de lo que se rechaza como prueba por un tribunal es la mejor de las pruebas para el intelecto. Pues el tribunal, guiándose a sí mismo por los principios generales de la evidencia —los principios reconocidos y "registrados"— es contrario a desviarse por casos particulares. Y esta firme adherencia al principio, despreciando la excepción antagónica o contradictoria, es un modo seguro de conseguir el 'máximo' de la posible verdad, en una larga secuencia de tiempo. La práctica 'en masa' es, por lo tanto, filosófica; pero no es menos cierto que engendra vastos errores individuales¹².

Es así como, para quien busca la verdad en la superficie, no importa tanto la "profundidad" de las motivaciones interiores cuanto examinar el caso mismo concentrando su atención en lo que ha sucedido en los alrededores, en los detalles aparentemente insignificantes, en los acontecimientos que parecen puramente circunstanciales. De nuevo, en las palabras de Dupin, habría que decir:

Uno de los errores más comunes (...) es despreciar los acontecimientos colaterales o circunstanciales. Es una mala práctica de los tribunales limitar las pruebas y las discusiones a términos de pertinencia aparente. Sin embargo, la experiencia ha demostrado y la verdadera filosofía siempre lo demostrará que una vasta, y quizá la más importante, parte de la verdad siempre surge de lo que no es pertinente. Es a través del espíritu de este principio, si no precisamente de su letra, que la ciencia moderna ha resuelto 'calcular sobre lo imprevisto' (...). La historia del conocimiento humano ha demostrado tan ininterrumpidamente que a los sucesos colaterales, incidentales o accidentales, es a lo que debemos nuestros más valiosos descubrimientos, que a la larga se ha hecho necesario conceder grandes márgenes a las invenciones que surgen por casualidad, totalmente alejadas de la esperanza ordinaria. (...). El 'accidente' se admite como parte de la superestructura. Hacemos de la casualidad tema de absoluto cálculo. Sujetamos lo que buscamos y lo imaginado a la fórmula

12. ALLAN POE, EDGAR, "El misterio de Marie Rogêt," en *Historias extraordinarias*, Editorial la Oveja Negra, Bogotá, S.F., pp. 189-190.

matemática de las escuelas. (...). 'La mayor parte' de la verdad es un hecho auténtico que surge de lo colateral¹³.

4. SIGUIENDO LOS PASOS DE UNA MENTE ANALÍTICA EN ACCIÓN

UNA MENTE ANALÍTICA busca ante todo un buen punto de partida para iniciar sus razonamientos. Y ese punto de partida sólido y seguro no lo proporciona una suposición general —como, por ejemplo, la de que en todo crimen debe haber un motivo—, pues ella misma no es más que una suposición que puede servir para unos casos pero no para otros, sino una observación que se funda en el examen atento de los datos. Y esto porque son los únicos que dan cuenta de la singularidad del caso tratado; lo demás son sólo suposiciones que siempre hacemos por la fuerza del hábito, pero que no muestran lo peculiar del caso individual. Un examen atento de los datos evita caer en suposiciones sin fundamento y nos revela, en cambio, lo novedoso, lo singular, lo poco corriente que hay en este caso particular. He ahí un mejor punto de partida para desentrañar el asunto. En palabras de Dupin:

Los agentes —de la policía— cayeron en el gran error de confundir lo poco corriente con lo abstruso, con lo recóndito. Pero precisamente es a causa de estas desviaciones del plano de lo ordinario cuando la razón ha de encontrar el camino, si lo hay, en busca de la verdad¹⁴.

"Encontrar el camino": eso es lo que preocupa fundamentalmente al pensador analítico. Su obsesión es la del método. Puede tener corazonadas, intuiciones, hipótesis, pero sabe abstraerse de ellas, no dejarse prejuiciar por respuestas fáciles y "evidentes" ... y todas esas corazonadas, intuiciones o hipótesis sólo adquieren valor cuando entran dentro de la trama de un método, donde, ligadas a observaciones cuidadosas, a cálculos precisos, a deducciones correctas, a experimentos desarrollados con suma precaución y con claridad de propósito, adquieren significado y pueden ayudar a realizar nuevas observaciones, establecer nuevos datos o reformular las teorías vigentes. Sin embargo, el método, que, más que un conjunto de reglas fijas para ser

13. *Ibidem*, pp. 192-193.

14. ALLAN POE, EDGAR, *Los crímenes...*, *Op. cit.*, p. 19.

mecánicamente aplicadas, más que un "recetario para hacer conocimientos", es la cualificación y la organización de un cierto cúmulo de hábitos mentales, sólo funciona por la capacidad de asombro. ¿Qué podría, acaso, investigar aquel que nada le genera preguntas, inquietudes, enigmas? Sólo quien se asombra, esto es, quien tiene la sensibilidad suficiente para captar las "desviaciones del plano de lo ordinario" de las que hablaba Poe, da a su pensamiento razones para buscar un camino, para elaborar un método.

Se comprenderá mejor en qué consiste dicho "camino" o método si atendemos al tipo de operaciones involucradas en él. Para ello seguiremos nuevamente a Dupin en *Los crímenes de la calle Morgue*:

1. Lo primero que llama la atención en el modo como Dupin —una mente fundamentalmente analítica— enfrenta el problema es el *examen minucioso de los datos del caso*: observa cuidadosamente todos los detalles en el escenario del crimen, lee y releo los testimonios de los testigos, hace algunas inferencias básicas que, puesto que se basan en ciertas evidencias necesarias, amplian el círculo de los datos a considerar, etcétera¹⁵. Sobre la base de estas observaciones, muy firmes y seguras todas ellas, empieza a formular una o varias hipótesis que habrán de someterse enseguida a una "prueba de realidad", a la confrontación con los datos más firmes y seguros y al examen de la capacidad que tiene esa hipótesis para dar razón sobre ciertos datos que aún parecen oscuros o confusos. De este modo, procede a una "clarificación mental" del problema y llega a establecer con alto grado de acierto lo que pudo haber ocurrido o efectivamente ocurrió. Este proceso de "clarificación mental" ofrece al analista dos grandes ventajas: por un lado, le permite establecer lo que se puede afirmar con certeza y distinguirlo de lo que aún es oscuro, confuso o inexplicado; por el otro, le proporciona una orientación a sus observaciones¹⁶.

15. Un ejemplo muy interesante de esta atención a los datos del caso puede verse en el modo como Dupin analiza los informes de los periódicos en *El misterio de Marie Rogêt*.

16. A propósito de las voces oídas en la escena del crimen, Dupin procede a un proceso de clarificación mental, que expresa en los siguientes términos: "Los testigos, como usted acaba de mencionar, estuvieron de acuerdo sobre la voz bronca; en este punto hubo unanimidad. Pero con respecto a la voz de tono agudo, la peculiaridad es

2. Hecha una primera "clarificación mental" del asunto y establecidos algunos datos que pueden tomarse como ciertos y otros que siguen siendo dudosos, preocupa entonces al pensador analítico ampliar en cuanto sea posible su información básica. Y cuando se agota ya la información que pudo proporcionar la percepción directa de la cosa —en este caso el escenario del crimen— o los testimonios indirectos —de los testigos—, sólo queda recurrir al poder de la mente para recoger, ordenar, clasificar o ampliar una información. Y para lograrlo, lo importante es empeñarse en *hacer deducciones legítimas*. Un punto en particular llamó la atención a Dupin: el modo tan diverso como caracterizaron la "voz bronca y aguda" testigos de diversas lenguas y nacionalidades, pues, aunque todos estuvieron de acuerdo en haber escuchado una voz bronca, cuando hablaron de la voz de tono agudo cada uno de los testigos dijo que era la voz de un extranjero que se expresaba en su lengua, para ellos incomprensible. ¿Qué se puede deducir legítimamente de ello? He ahí el empeño del analítico:

No sé —continuó diciendo Dupin— qué impresión ha hecho hasta ahora en su comprensión; pero no dudaré en decir que, de esta

(...), no que estuviesen en desacuerdo (...), sino que cuando trataron de describirla un francés, un italiano, un inglés, un español y un holandés, cada uno de ellos dijo que tal voz pertenecía a un 'extranjero: cada uno de ellos está seguro de que no era la voz de un compatriota suyo. Cada uno la asemeja (...) no a la voz de un individuo de su propia nación, cuya lengua domina el testigo (...), sino a la de un individuo perteneciente a otra nación. El francés la supone voz de español, y 'hubiese entendido algunas palabras si conociera la lengua española'. El holandés mantiene que es la voz de un francés, pero sabemos también que 'al no conocer la lengua francesa, este testigo tuvo que ser interrogado mediante un intérprete'. El inglés cree que es la voz de un alemán y tal inglés 'no entiende el alemán'. El español está seguro de que la voz pertenecía a un inglés, pero 'juzga por la entonación' ya que 'no conoce el inglés'. El italiano sospecha que se trataba de la voz de un ruso, aunque 'jamás ha conversado con un ciudadano ruso'. Además, hay un segundo francés que difiere del primero y está seguro de que la voz en cuestión era la de un italiano, pero que al no estar familiarizado con la lengua italiana, juzga, como el español, 'por la entonación'. Ahora bien, ¿cuán extraña tuvo que ser tal voz para despertar semejante disparidad en las declaraciones? ¡Un tono de voz que no pudieran reconocer los ciudadanos de cinco naciones de Europa! Podría usted decir que quizá se tratara de la voz de un asiático o un africano. Ni los asiáticos ni los africanos abundan en París, pero, sin negar tal posibilidad, simplemente arrastraré la atención de usted hacia tres puntos. Uno de los testigos califica a la voz de 'áspera más que aguda'. Hay otros dos que declaran que la voz era 'rápida y desigual'. No hay palabras (...), ni sonidos que se parezcan a palabras (...), porque ninguno de los testigos declaró haber entendido nada de lo que tal voz dijo" (*Los crímenes de la calle Morgue*, p. 20).

parte de los testimonios, la parte correspondiente a las voces bronca y aguda, *hay que hacer deducciones legítimas* que en sí mismas son suficientes para generar una sospecha que proporcione dirección al progreso en la investigación del misterio. (...) Quiero decir deducciones que son las 'únicas' adecuadas, y que como simple resultado surge 'inevitablemente' la sospecha. No diré todavía cuál es esta sospecha. Simplemente deseo que tenga usted en cuenta que, para mí, tuvo la suficiente fuerza como para dar forma definitiva (...), cierta tendencia (...) a mis investigaciones en aquella estancia¹⁷.

3. Pero, ¿cómo saber que tales deducciones son legítimas?, ¿cómo estar seguros de que no estamos haciendo inferencias que se fundan en meros prejuicios, que son precipitadas o que son el simple efecto de hábitos mentales inveterados? Para ello, el pensador analítico, que había desviado momentáneamente su atención del conjunto para concentrarse en ciertos detalles e inferir de ellos nueva información, tiene que situarse nuevamente a cierta distancia del objeto para *reconstruir el problema en su totalidad a partir de preguntas relevantes*: ¿qué fue lo que efectivamente pasó?, ¿cuáles fueron los medios usados?, ¿cómo huyó el asesino de la escena del crimen y cómo llegó a ella?, etcétera. Pero no basta con hacer las preguntas relevantes; es preciso, además, proceder al *examen de diversas posibilidades en orden a poder descartar aquellas que resulten menos plausibles*¹⁸.

4. Pero aquí surge un nuevo problema para el pensador analítico: ¿qué hacer cuando todas las posibilidades examinadas parecen descartables, o también cuando muchas de ellas no se pueden descartar? No puede elegir muchas, porque entonces sus indagaciones se hacen demasiado complicadas y él busca precisamente economía de esfuerzos; no puede elegir una sola al azar o por meras inclinaciones o corazonadas, pues ello va contra su espíritu metódico. Pero, en todo caso, tiene que elegir, entre diversas posibilidades, una o dos a lo sumo... y tiene que elegir la mejor para coronar con éxito su tarea. ¿Qué debe hacer entonces? Los grandes pensadores analíticos recomiendan en tales casos recurrir a lo que algunos llaman "el razonamiento *a posteriori*" o el "*razonar hacia atrás*", algo semejante

17. *Ibidem*, p. 20.

18. *Ibidem*, p. 21.

a lo que Charles S. Peirce llamara la "abducción"¹⁹. En lo esencial consiste —a diferencia de lo que hacemos siempre: sacar una conclusión de unas premisas dadas— en devolverse desde una conclusión dada hacia las premisas que pudieron hacerla necesaria. Sherlock Holmes nos lo describe claramente en el capítulo final de *Estudio en escarlata* :

El gran factor, cuando se trata de resolver un problema de esa clase, es la capacidad de razonar hacia atrás. Ésta es una cualidad muy útil, y muy fácil, pero la gente no se ejercita mucho en ella. En las tareas corrientes de la vida cotidiana resulta de mayor utilidad el razonar hacia adelante, y por eso se le desatiende. Por cada persona que sabe analizar, hay cincuenta que saben razonar por síntesis (...) son muchas las personas que, si usted les describe una serie de hechos, le anunciarán cuál va a ser el resultado. Son capaces de coordinar en su cerebro los hechos, y deducir que han de tener una consecuencia determinada. Sin embargo, son pocas las personas que, diciéndoles usted el resultado, son capaces de extraer de lo más hondo de su propia conciencia los pasos que conduxeron a ese resultado. A esta facultad me refiero cuando hablo de razonar hacia atrás; es decir, analíticamente²⁰.

Sin embargo, este "razonar hacia atrás" tampoco es garantía absoluta de escoger la posibilidad más adecuada. En esa elección hay un alto grado de intuición, de "ojo clínico" —con lo cual vemos la imposibilidad de un pensamiento analítico en "estado puro"—, que se forma por la experiencia en el trato con casos semejantes y por el entrenamiento continuo en la práctica de la resolución de problemas. El "razonar hacia atrás" sirve, entonces, no tanto para elegir entre diversas posibilidades —toda elección es de algún modo intuitiva y arbitraria—, cuanto para "someter a examen" la posibilidad escogida,

19. Aparte de los textos del propio Peirce sobre la abducción (véase al respecto una colección de sus escritos, publicada bajo el título *El hombre, un signo*, Cátedra, Barcelona, 1989), puede consultarse la obra de UMBERTO ECO y TOMÁS SEBEOK (compiladores), *El signo de los tres*, Lumen, Barcelona, 1989, consistente en una serie de ensayos en donde se estudia la relación entre el concepto de abducción de Peirce y la "literatura policiaca" (Poe, Conan Doyle, etcétera). Para este trabajo tiene especial interés el ensayo de NANCY HARROWITZ, "El modelo policiaco: Charles S. Peirce y Edgar Allan Poe", en ECO y SEBEOK, *Op. cit.*, pp. 241-264.

20. CONAN DOYLE, ARTHUR, *Estudio en escarlata*, Pomaire, Barcelona, 1980, pp. 155-156.

captar su lógica interna y, con ello, *atar uno a uno los eslabones de una cadena*.

5. Una vez logramos esto, atar uno a uno los eslabones de una cadena, *el problema está resuelto, al menos parcialmente*. Hemos llegado a una conclusión parcial que podamos tomar ahora por un dato firme y que permitirá nuevas observaciones, nuevas mediciones, nuevas inferencias o que dará lugar a intentar algunos experimentos que ayuden aún más en la clarificación del enigma que se quiere resolver.

Ahora bien, puesto que sólo hemos solucionado parcialmente el asunto, puesto que subsisten muchos enigmas, es posible que el pensador analítico se vea obligado a *volver continuamente a su punto de partida, a los datos del problema*, que ahora podrá relacionar de un modo más coherente²¹. Pero si se queda encerrado en esos datos es posible que su percepción del problema se oscurezca de nuevo. Por lo cual tiene que situarse otra vez "a distancia del objeto" para mirarlo en conjunto y comprenderlo mejor a la luz de nuevos conocimientos y técnicas. *A dos herramientas mentales básicas puede recurrir el pensador analítico, según nos lo muestra Dupin en el caso citado: el cálculo de probabilidades y un "fondo de conocimientos" del que es poseedor*.

6. Ante todo, el pensador analítico no se deja llevar por simples conjeturas. No supone nada que no pueda ser deducido legítimamente. Sin embargo, no siempre podemos inferir a partir de proposiciones universales y autoevidentes; de hecho, la mayoría de las veces tenemos que hacerlo a partir de eventos particulares, cuya conexión con otros eventos parece completamente aleatoria y cuyo significado resulta oscuro. Cuando examinamos tales eventos, lo máximo que encontramos son algunas coincidencias y éstas, también muchas veces, sólo obedecen a conexiones subjetivas que nosotros hacemos y no necesariamente a relaciones efectivas entre un cierto número de eventos. En tales condiciones, las coincidencias pueden terminar por desviar la atención de la mente hacia aspectos irrelevantes y pueden entorpecer el ejercicio del análisis. Pero, para

21. Cfr. ALLAN POE, EDGAR, *Los crímenes...*, *Op. cit.*, p. 25-26.

una mente educada en el análisis, las coincidencias también pueden llevar a deducciones legítimas, siempre y cuando se hagan dentro de las reglas estrictas del cálculo de probabilidades. Esta es una herramienta de primer orden para el pensador analítico, pues es la que le permite moverse con seguridad entre eventos aparentemente azarosos e inconexos y la que le permite restituir entre tales eventos los lazos ocultos o poco explícitos. Dupin no sólo conoce y maneja la teoría de las probabilidades, sino que la considera crucial para el desarrollo del conocimiento humano:

Por lo general, las coincidencias constituyen grandes tropiezos en el camino de esa clase de pensadores, educados en tal forma que no conocen nada sobre la teoría de las probabilidades (...), esa teoría a la que deben lo más glorioso de la ciencia tantos y tan famosos investigadores²².

7. Un pensador analítico, sin embargo, no es sólo alguien capaz de hacer gala de ciertas habilidades mentales. Lo que lo caracteriza no es el manejo de ciertas técnicas, sino el amor por el conocimiento y la incansable búsqueda de la verdad. Un buen analítico es siempre alguien "cultivado" en el conocimiento, conocedor de las grandes preguntas y enigmas que asaltan al ser humano y, casi siempre, un "profesional" en el ejercicio de una ciencia. Y ello porque las habilidades analíticas no se desarrollan en el vacío, sino que son resultado de un esfuerzo consciente de aprehensión y elaboración personal del conocimiento. El buen analítico siempre maneja un "fondo de conocimientos" —unas veces adquiridos en la academia, otras veces conocimientos que se han ido constituyendo al hilo de intereses personales y de una práctica autodidacta— que sirve de apoyo a sus inferencias. Este "fondo" cumple una doble función en el oficio del pensador analítico: por un lado, su constitución es una ocasión propicia para el ejercicio del análisis, a partir de la lectura, la observación, la clasificación de los materiales de la experiencia, etcétera; por el otro, tiene que recurrir continuamente en sus análisis, en sus intentos para solucionar un problema, a ese "fondo de conocimientos", pues sin él difícilmente hallaría la respuesta que busca —en el caso que analizamos, por ejemplo, Dupin sólo pudo hallar al culpable del crimen por sus conocimientos de los escritos del naturalista Cuvier,

22. *Ibidem*, p. 24.

donde se hace una descripción anatómica del gran orangután leonado de las islas de la India oriental.

5. UN PENSAMIENTO FRÁGIL

TAN SÓLO QUEDA por decir que, a pesar de los gozos que procura, de su poder para resolver cuestiones enigmáticas, de su capacidad para usar herramientas tan complejas como el cálculo de probabilidades, el pensamiento analítico es un pensamiento fundamentalmente frágil. Dupin lo sabe y, por ello, no duda muchas veces en calificar sus razonamientos de simples "conjeturas"²³. Que tales conjeturas resistan muchas veces la prueba de la realidad no quiere decir que dejen de ser tales. Pero precisamente —y he ahí la fuerza y a la vez la debilidad del pensamiento analítico— lo propio de él es saberse mover con suma precaución entre lo que es sólo probable, innecesario o contingente. No hay nada que le asegure que se mueve sobre terreno firme, que sus suposiciones sean ciertas o que su método sea el más adecuado para el caso en cuestión. Tampoco puede guiarse por una fe en algo sobrenatural o en un orden preestablecido del mundo; se funda en hechos que intenta atrapar con precisión, pero que muchas veces conducen a engaño a causa de su misma evidencia. No le queda más posibilidad que la de identificar algunas coincidencias, calcular algunas probabilidades, sugerir algunas hipótesis y darse a la ardua tarea de su examen. Y, para ello, no son suficientes muchas veces los métodos consagrados por una tradición investigativa y es preciso recurrir a la inventiva y al genio personal, a las asociaciones inconscientes y a la intuición poética, pues sólo ellas sacan a la mente de un pensar que se queda atrapado entre preceptos y reglas, y sólo ellas desatan un pensamiento que busca, más que reflejar el mundo, anticiparlo.

(...) La mente de Dupin opera mediante asociaciones. Su método es más refinado, un mecanismo aparentemente más suprasensible que los procesos habituales de cálculo racional. Participa de lo irracional y, por consiguiente, es la clase más alta de raciocinio, puesto que no es esclavo de sus propias premisas (...). Dupin puede recurrir y entregarse a las cadenas asociativas del pensamiento preconsciente, esa red milagrosa de símiles que el resto

23. Cfr. *Ibidem*, p. 27.

de nosotros hemos recubierto con el macilento vendaje enyesado del pensamiento consciente y racional. Por eso Dupin es mucho más sofisticado que nosotros en la resolución de cuestiones intrincadas, precisamente porque está mucho más próximo que nosotros a los orígenes de nuestro ser. Su mente, al operar mediante analogías metafóricas, combina la intuición poética con la exactitud matemática"²⁴.

24. Citado por NANCY HARROWITZ, en *Op cit.*, p. 260.

